

"LA TRAICION DEL PADRE MARTIN"

Obra original de Bernardo Santareno

Adaptación de Regório Paulo

Chantal Dumaine

José Triana

Teresa Paulo

Personajes por orden de aparición:

Padre Martín - *Liamadriz Rosendo*

Narrador - *Morejón Ernesto*

Tía Anita - *Belen Otero*

Rosa - *América Cruz*

María Parda - *Otilia Cabrera*

Terrateniente - *Fausto*

Toño Geada - *Roberto Vega*

Ingeniero - *Sergio Prieto*

Juan Besoro - *Eugenio Hdez.*

Miguel - *Néstor Gómez*

Tío Faustino - *Requejo*

Vicario - *Montesco*

Obispo - *Daniel Jordán*

Sardina - *Sergio Prieto*

1º Sacerdote Secretario - *Fausto*

2º Sacerdote Secretario - *Losada Jorge*

Esposa I - *Emérita*

Esposa II - *Marta Daumare*

Albino - *Figueroa Roberto*

Jefe I - *Eugenio Hdez.*

Jefe II - *Requejo*

Policia Secreta - *Losada Jorge*

Periodista - *R. Vega*

Fotógrafo - *Néstor Gómez*

Diputado - *Daniel Jordán*

María Besoro - *Sara Reyna*

Hija

Hijo - *Morejón Ernesto*

Sargento - *Montesco*

Voz del Capitán

Hombres y Mujeres en el Cortizal

y el público que asiste a la representación



Entrada: 3 ros con el narra. 179. hayo. -

-1-

Escenario desnudo, en el fondo, al centro, un estrado rectangular que se comunica con el suelo del escenario por tres escaleras fragmentadas, situadas de frente y a los lados, y por una rampa inclinada suavemente al fondo. Estrado, escaleras y rampa, hechas con madera tosca. Ciclorama.

ooo00ooo

Cantos litúrgicos en un latín abstracto: voces rurales, estentóreas, casi todas femeninas. Sube el telón. Oscuridad total. Silencio. Luz blanca que cae sobre el estrado: el Padre Martín hace sus prácticas habituales. Es un hombre joven, delgado, triqueño. Su rostro resulta un poco grosero, pero impresiona la fuerza interior que estalla en sus ojos. Se dirige a los espectadores del teatro.

Padre Martín.- Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo: hoy quiero decirles algo sobre el valor de nuestras vidas humanas, terrenas. Sé que existe la muerte. No olvido el alma y la vida eterna. Pero también no olvido el dogma de la resurrección de la carne: No solamente el alma es inmortal, también la carne lo es. ¿Por qué, entonces, despreciar el cuerpo? ¿Por qué robarlo, reducirlo en su hambre legítima de alimentos, en sus legítimas necesidades de casa y amor, de respeto y de justicia, de afirmación espiritual y de promoción social? ¿Por qué? ¿Y en nombre de qué? El mío, tu cuerpo -esto, ese mismo!- un día ha de resurgir de la nada de la muerte. Esto es verdad y es peligroso olvidarlo! Hay mucha gente interesada en que lo olviden, mis hermanos. ¿Hambre, sed, frío, imposibilidad económica para constituir una familia dignamente, condición irreversible de la esclavitud enmascarada? No, esa no es la voluntad de Dios! No, no y no! Vuestros cuerpos no merecen tal suerte, no fueron creados desde la eternidad para eso. "El hombre es-dijo San Ireneo- la gloria de Dios". Pero hay tantos señoritos ricos e importantes, tantos venerables católicos, empeñados en ocultar la voluntad de Dios!..."No des tu fortuna- así afirma San Ambrosio- cuando eres generoso para con el pobre, le das lo que le pertenece. Porque lo que tu te atribuyes, te fue dado en común, para el usufructo de todos. La tierra fue ofrecida a todos y no solamente a los ricos"! Por el amor de

Dios, hermanos míos, mediten, asimilen, digieran estas palabras: hagan con ellas carne y sangre. Y si les llega la tentación de la violencia, no tengan miedo, no huyan: aguanten! Recuerden Su Santidad Pablo VI que, dirigiéndose a vosotros, escribió: "Ciertamente existen situaciones cuya injusticia grita al cielo. Cuando pueblos enteros, despojados de lo necesario, viven en una dependencia que les corta toda la iniciativa y responsabilidad, y también toda la posibilidad de formación cultural y de acceso a la carrera social y política, es grande la tentación de alejar, por la violencia, tales injurias a la dignidad humana." (Pausa. Mira a los espectadores, amargado.) Hasta yo, yo también!, he sentido la tentación de la violencia. (Se inmoviliza en silencio. Un nuevo foco de luz baña el rostro del Narrador, en el prescenio, en la extrema izquierda. Es un hombre, mas o menos, de cuarenta años, intelectual, sencillo, que comunica calor humano, a pesar de que frecuentemente ironiza).

Quedamos estáticos

Narrador. (A los espectadores, señalando el Padre Martín). Este es el Padre Martín, párroco del Cortizal... Bueno, si quisiera ser absolutamente sincero, les diría que ni el Padre se llama Martín, ni la tierra se llama Cortizal. Pero, aquí, en el teatro, tendrán estos nombres. La prudencia manda que así sea: es que los principales acontecimientos de esta narración que me propongo contarles sucedió en realidad! Aparecieron, mas o menos, en la primera página de todos los periódicos con las emisiones y los subrayados habituales, verdad! ¿Me entienden ahora? Por eso, el protagonista de mi obra se llama Padre Martín (Señala al Padre Martín que lee el breviario) y el lugar donde transcurre la acción es el Cortizal. Aquí, las tierras pertenecen casi todas al señor... bueno, llamémosle el Terrateniente. (Aparece el Terrateniente, por la derecha, en primer plano, cerca del Ingeniero) Y el otro... aquel señor vestido a la moda de la ciudad, es el... Para nosotros, será el Ingeniero, Ahora les voy a explicar: En estas tierras, además del trabajo agrario, existe una fábrica. Una sola. De corcho.. El resto.. son migajas de tierra divididas y subdivididas por los dichosos aldeanos que de sus pobrísimos padres las heredaron.

(La luz muestra ahora, sentados en la escalera, a un grupo de campesinos, hombres y mujeres; viejos casi todos y poco menos que andrajosos) Los trabajadores rurales se quejan de la vida: que les paguen mal. Y los obreros de las fábricas. (La luz cae sobre un grupo de obreros, generalmente mas jóvenes) también se quejan: trabajan mucho, a cambio de tan poco. Con todo esto, una aldea como otras tantas en nuestro país. Y además, un problema -muy grave!- que pesa en la economía del Costizal: me refiero, ya se sabe a la emigración. Para Francia, principalmente;; también para Alemania: dentro de poco, no tendremos gente joven en esta aldea. Como en casi todos los pueblos de Portugal, al fin y al cabo. ¿Y el ejército, a la guerra de Africa?... Bien, pero dejemos esto ahora. Es del Padre Martín de quién les quiero hablar. Una cosa es cierta: el cura conquistó enteramente a la parte más humilde del pueblo. ¿Por qué? ¿De que manera? Pues ellos se lo dirán.

(Viniendo del fondo, por la rampa, aparece en el estrado Tía Anita. Llega hasta donde está el Padre Martín, lo mira con ternura. A los espectadores.) *(En este momento me siento a la izquierda alto.)*

Tía Anita.- (Cincuenta años, vestida de luto) ¿quién? el Padre Martín? Ah, ricos señores de mi corazón, sólo les digo: fué una bendición, una limosna del cielo que cayó en esta tierra! Y mira que nadie lo conoce mejor que yo. Nadie! Lo quiero como si fuera... Bueno, como si fuera mi hijo! Soy yo quien lo cuida, y le hace la comida. Jesús, si vieran lo que come esta criatura! Yo ni sé como el pobre puede sostenerse en pie... La mayoría de las veces, le basta una taza de caldo y un poquito de bacalao... ¿Creen que es mentira? Que no tenga yo la salvación de mi alma! ¿Carne en la casa del Padre Martín? Sólo en días de fiesta. Y agua, agua del pozo, pues el vino no le moja el gargüero... Eso es lo que come un hombre en la plenitud de su vida! Como aguanta es lo que no sé... Bien que no me canso de decirle y regañarlo, pero... Todo es para los otros, todo! ¿No es así, Rosa? (Llama hacia el fondo) Oye, Rosa! (A los espectadores) Mi hija que diga...

(Surge Rosa, en la rampa del fondo: tiene sólo quince años y rebo-
sa una alegría profunda y dura, purísima, muy poco permeable a los
desajustes nerviosos).

Rosa.- Aquí estoy...

Tía.- ¿No es verdad, Rosa?

Rosa.- (Con una sonrisa burlona) ¿Que cosa, madre? (Se apróxi-
ma al Padre Martín)

Tía.- ¿Que cosa? Qué el apenas come nada, y que apenas cie-
rra los ojos... Que se está matando, válgame Dios!

Rosa.- (Observando al Padre Martín; a la manera de un juego
infantil y afectuoso, un tanto burlona) Basta mirar-
lo: parece un cabrito trasquilado! (Risas. El Padre
Martín cierra su breviario; sonríe natural, a la mu-
chacha) Bien arregladas estamos nosotras con semejan-
te patrón! Lo que me vale a mí es la fruta que robo
por esos campos... (Muerde una manzana que sacó del
bolsillo del delantal. El Padre Martín hace un ges-
to divertido de regaño). Robo, sí señor! Pero luego
se lo digo todo a los dueños. (Risas) Nadie es ca-
paz de regañarme. Por eso, no se moleste, señor Pa-
dre Martín! Todos ellos piensan que estoy chiflada..
(Gesto del dedo en la frente. A los espectadores,
maliciosa.) Pero no lo soy. (Bromeando, el Padre Mar-
tín confirma las palabras de Rosa con el mismo gesto)
Ah, lo soy? Mas tonto, es el señor Padre que se lo
dá todo a la gente, y sólo tiene esa sotana que le
cubre el cuerpo, y una camiseta...

Tía.- (Escandalizada) Rosa!...

Rosa.- (Risas) Dos calzoncillos...

Tía.- (Afligida) Rosa!

Rosa.- (Imitándola) Tía Anita! (El Padre Martín se ríe sa-
tisfecho, claro, infantil Rosa dá otra dentellada en
la manzana.

María Parda.- (Que estaba sentada en un escalón junto a los cam-
pesinos; es una vieja envuelta en trapos luctuosos.
Levantándose, hacia el público) Es la pura verdad,

señores míos: el Padre Martín me dió, a mí, María Parda, los cobertores de su propia cama! El año pasado, el día de los Santos, me cayó una mala fiebre, con muchos temblores y escalofríos, que no había ropa que me calentase... Y entonces este ángel me dió los cobertores y dinero para la botica y... (Gimoteando) Y me dió aliento para vencer la malvada enfermedad, calentó mi corazón con palabritas más dulces que la miel! Y no piensen que ha sido una sola vez! Pues no, señores: todos los días, todos, sin faltar uno!, este santo se las arregló, dentro de sus miles de ocupaciones, para estarse un tiempito junto a mi cabecera. Ni que fuera un nieto, o un hijo de mis entrañas! Le debo la vida. Mi rico Padre Martín!... (Mirando indirectamente al Terrateniente, recriminatoria) Quién está obligado, quién me comió la carne con trabajos y cansancios -a mí y a los míos!- ese no me quiso roer los huesos... que no! (Se sienta)

Terrateniente.--(A María Parda) Todavía te parece poco! Y esto con franqueza...! (Al público) Esta mujer tiene setenta años y si no los tiene, muy poco le falta! El trabajo que ella hace ahora es menos de lo que hace un niño...¿Ahora? Hace diez o quince años que lo que ella rinde es lo mismo que nada. Y yo le pago como si fuera una mujer que trabajara el día completo. Pero como ustedes pueden ver, todavía habla!...¿No te dá vergüenza? Muerdes los dedos de quien te ha dado el pan, la vida entera...! Que gente más cabrona! Ah, son peores que los animales!

Toño Geada.-- (Levantándose, en el grupo de los obreros) Yo soy el Geada. Geada. Toño Geada. Tengo veinticinco años y no me gustan los curas. No soy de los que van a misa ni a sermones! Cuando aquel (señala al Padre Martín) no consiguió llevarme, nadie me llevará. Anduvo dándome vueltas, pero yo no entré en sus cantaletas; que venga, que no venga, y más esto y mas aquello... Pues bien, jódete! Hay una cosa que tiene este cura que no lo encontré en ninguno: no usa mañas y te juega limpio. Pero aún cuando así sea: si a Toño Geada le tocan la música del cielo

y del infierno se queda mas sordo que una puerta! Pero eso no quiere decir nada, me cae bien el Padre Martín, siento algún afecto por él. Es como un hermano. Como un hermano les digo yo! Cuando fué lo de mi matrimonio...(Burlón) Bueno, mi matrimonio fué un poco.... ¿Comprenden? Pues tuve que casarme... Estaba obligado: me adelanté... ¿Se dán cuenta del rollo? No tenia un mueble, un trapo, nada... El Padre Martín nos dió el ajuar, casi todo... me arregló también el trabajo de la fábrica...

Ingeniero.- (Untuoso) Un deseo del señor Padre Martín es una orden..

Toño Geada.- (Al público, refiriéndose al Ingeniero) Cuando te huele bien! (Continuando) El Padre Martín es un tipo formidable. No parece un cura. Si se encuentra con nosotros, se toma unos tragos, allá en la taberna. Ahí, como un hombre. Habla derecho, y discute de igual a igual. Conversaciones de estos tiempos, asuntos que no interesan a todos... Cosas que un hombre entiende, como las jornadas de trabajo y los derechos de los obreros. Un tipo entero. Un hombre les digo yo! No, no es un cura...digo yo.! No, no es un cura... (Subrayando) Lo es, pero no como los otros. (Se sienta)

Juan Besoro.- (Del grupo de los obreros. Es un hombre alto, forzado, muy cerca de los cuarenta; apasionado, duro y combativo. Se levanta) Hablaste muy bien, Toño Geada. (Al público) Tiene razón. Así mismo es. Yo conocí a mas de dos curas en esta tierra: distintos de este como la noche del día. ¿Pues que piensan? Ahí donde lo ven, el Padre Martín nos calma, cuando nos exaltamos y nos ayuda a ponernos en guardia, cuando es necesario.

Ingeniero.- (Indignado) Ayuda, ayuda, de eso tengo la certeza! Y tú todavía lo gritas en público! hijo de puta! (A los espectadores) Un cura! Un ministro de Dios!... Me considero un buen católico. Creo humildemente que estoy bien informado y que practico la caridad cristiana tal como me la enseñaron mis mayores: Siempre me llevé bien con los párrocos de esta tierra: Pues bien: al Padre Martín, por mucho, que me esfuerce no soy capaz de comprenderlo. Lo dejé entrar en mi fábrica, confiando leal